

LA ANTÁRTIDA - Por Santos Alazraqui - *Revista Geográfica Americana*, XXVII (Buenos Aires, 1947), 71-86.

He aquí unas páginas valiosas, por cuanto en ellas se refirman, en documentada y sencilla exposición, los derechos de nuestro país sobre las tierras antárticas. El trabajo va acompañado de reproducciones fotográficas de paisajes, y el mapa de la República Argentina con su sector antártico, en pequeña escala, editado por el Instituto Geográfico Militar en 1947.

Comienza por referir el autor que ocurre con la Antártida algo notable, porque al terminar la época de exploración, que culmina con Amundsen, pareció que el interés por esas zonas se había aplacado. Agrega que, sólo con posterioridad a esta última guerra, distintos países, entre ellos Argentina y Chile, han podido dedicar su atención a los problemas que apasionan con respecto al más nuevo de los continentes.

Pero si bien es cierto que la existencia del continente antártico es de comprobación reciente, no podemos decir lo mismo de las hipótesis sobre su ubicación, y para ello trae el autor a consideración las apreciaciones de Eratóstenes, Hiparco, Ptolomeo, etc., hasta llegar al primer viaje, realizado en 1599 por una nave capitaneada por Mahu, que alcanzó el paralelo 64 de latitud S.

Todas las expediciones posteriores las divide en dos grandes etapas. En la primera, que comprende el siglo XVII, tuvieron lugar viajes de índole puramente comercial. A continuación Santos Alazraqui enumera, en forma rápida, histórica y cronológicamente, las distintas exploraciones y anota los nombres y naves de las naciones descubridoras hasta llegar a fines del siglo XIX, cuando comienza la segunda gran etapa desde que se instalan los primeros campamentos de invierno. Dentro de este segundo gran período, destácase la expedición sueca del Dr. Otto Nordenskjold, quien pierde su nave "Antarctic" y los sobrevivientes son salvados por la corbeta argentina "Uruguay", comandada por el capitán Irizar.

Casi contemporáneamente se han realizado otras expediciones; y señala cómo las guerras han ido interrumpiendo la obra de los investigadores en estas tierras australes. Hace resaltar la influencia de la más reciente, que paralizó las actividades, hasta que a fines de 1947, nuevas misiones se preparan, entre ellas algunas a cargo de nuestra República.

Al tratar de las características físicas, no aporta nada nuevo a lo conocido tan perfectamente por los argentinos; luego observa que estas regiones tienen clima continental y constituyen un anticiclón permanente. Se detiene poco en el estudio de la flora antártica y al enumerar los animales destaca el hecho de que se encuentran en las zonas costeras y en el mar.

El rigor térmico de este medio ha imposibilitado la adaptación del hombre en forma permanente; pero aclara muy bien que "ha sido ya definitivamente superada la concepción según la cual el límite austral de la *ecúmene* se halla alrededor de los 40° de latitud" (82).

En el capítulo recursos naturales y futuro económico, afirma la presencia de capas carboníferas y la continuidad geológica del continente americano, aunque momentáneamente el primordial interés de las tierras

antárticas, es el ofrecido por la caza de ballenas y otros animales marinos, que tienden a desaparecer.

Al finalizar su obra, enumera las distintas declaraciones de soberanía sobre los territorios antárticos, siguiendo un orden cronológico, hasta llegar a Chile y Argentina.

Al referirse a estas últimas naciones, dice que "han planteado con firmeza sus derechos sobre el cuadrante americano o de Weddell, siendo justo reconocer que sus argumentaciones se basan en antecedentes jurídicos, históricos y geográficos sin duda superiores a los de las demás naciones que se atribuyen derechos sobre el mismo sector" (86).

Cita luego la fundación, por parte de nuestro país, del gran observatorio meteorológico y geofísico en la isla fueguina de Año Nuevo, las facilidades que se proporcionaron al Dr. Charcot y el convenio con Bruce sobre la transferencia de las instalaciones de las islas Orcadas del Sur. Trata la creación de la única oficina postal antártica que ya entrará en su octavo año de funcionamiento regular. Actos así, mantienen y afianzan cada vez más la ocupación argentina en el lejano retazo del patrio solar.

Termina su trabajo alabando el excelente mapa editado por el Instituto Geográfico Militar y señala que el incentivo principal que guía a las naciones en sus presuntos derechos, es la existencia de considerables riquezas minerales hasta hoy inexplotables; pero desea sinceramente, como todo buen argentino, "que las expediciones que se están realizando en estos momentos contribuyan a solucionar por las vías del derecho estos problemas políticos, delimitando con justicia las respectivas áreas soberanas" (86).

ANNA TINELLI

LA EPOPEYA DEL CAPITÁN SCOTT - Por *Robert F. Scott*. - Traducción del inglés por Juan Carlos Foix, Buenos Aires, Ediciones del Tridente, 1945.

Una modesta edición sirve en este caso de vehículo difusor a una de las hazañas más extraordinarias y conmovedoras de la humanidad: la expedición del capitán Scott a la Antártida, que culminó con el arribo de éste al polo sur el 17 de enero de 1912 y en cuyo trágico regreso encontraron la muerte todos los integrantes de la misma.

La obra consiste, simplemente, en la transcripción del diario de viaje del capitán Scott, precedido de una noticia preliminar donde se indican los preparativos de la empresa, los componentes y una sumaria información de los episodios que antecedieron a la realización del objetivo esencial: la conquista del polo. La breve presentación pone de manifiesto que no fué ésta una expedición de índole deportiva, sino que perseguía también finalidades científicas.

El primer capítulo detalla la marcha a través de la Gran Barrera, iniciada el 1 de noviembre de 1911. En esa fecha se pone en camino la caravana, doce hombres en total, de los cuales sólo cinco, seleccionados